

José M. Aricó,
La cola del diablo.

Itinerario de Gramsci en América Latina. Puntosur Editores. Buenos Aires, 1988.

PROLOGO

El origen de este libro es una comunicación que presenté al seminario internacional realizado por el Instituto Gramsci en Ferrara (Italia) del 11 al 13 de septiembre de 1985 y cuyo tema era "Las transformaciones políticas de América Latina: presencia de Gramsci en la cultura latinoamericana". La ocasión se prestaba para efectuar un examen del itinerario gramsciano en nuestras tierras y con él, la reconstrucción de las peripecias intelectuales y políticas de un grupo que ya desde fines de los años cincuenta se propuso entre otras cosas encarar la difusión de sus escritos y la apropiación del riquísimo flujo de ideas que de ellos emanaba.

La narración, en consecuencia, no podía dejar de adoptar un tono personal o grupal que me condujo a escribir en primera persona una historia de la que tanto yo como el núcleo de amigos que dimos inicio en 1963 a la experiencia de Pasado y Presente fuimos directos participantes. Sé que de este modo la reconstrucción de un fenómeno de difusión cultural como el que aquí abordo corre el riesgo de sesgar la perspectiva analítica y de convertir el objeto de estudio en el examen de las peripecias de una conciencia individual o grupal todo lo significativa que se pretenda pero en definitiva parcial y anecdótico. Pero si se acepta esta eventualidad no como un límite, sino como una forma particular de contribuir a una Investigación aún no hecha, el tono testimonial de mi escrito y la mirada cargada de subjetividad que proyecta sobre ciertos hechos acaso puedan resultar de utilidad para quienes luego decidan emprender una empresa que exige mayores elementos y preparación de los que dispongo. Esta es la razón por la que al preparar la versión definitiva del trabajo opté por no quitarle una forma de discurrir adecuada para mis propósitos.

Mi comunicación, en realidad, constituía sólo la primera parte de lo que me comprometí a presentar. Concluía con la experiencia de Pasado y Presente sin encarar el capítulo "latinoamericano" de la difusión de Gramsci. En el presente libro agregó los capítulos faltantes, las notas suprimidas en la ponencia y siete extensos apéndices que amplían referencias y comentarios sobre algunos aspectos que me parecen significativos.

En este libro he tratado de explicitar las razones de la difusión de un pensador que por diversos motivos no podía aspirar al reconocimiento casi masivo que obtuvieron otros. Sin embargo, al cabo del recorrido concluyo con la afirmación - creo que abonada por los hechos- de que él forma parte de nuestra cultura americana, como un patrimonio común de todas aquellas corrientes de pensamiento democráticas y reformadoras del continente. Esta afirmación pareciera no corresponderse con el espíritu que reinó por lo menos en una parte significativa de los asistentes al coloquio de Ferrara, que los condujo a preguntarse por la "actualidad" de Gramsci. Frente a la crisis del horizonte de certezas en torno al cual tales corrientes fundaron sus propuestas de transformación surgía la pregunta de si también entre nosotros muchas de las elaboraciones gramscianas habían entrado en un irrecuperable cono de sombras.

De ser así, y fueron de peso las razones que allí se adujeron, podríamos imaginar que al cabo de una década aquella fase iniciada a mediados de los setenta, cuando las ideas de Gramsci explotaron con la

fuerza de un volcán - según las enfáticas palabras pronunciadas por el brasileño Marco Aurelio Nogueira-, comience a declinar y estas ideas no soporten el desafío a que las somete la modernidad. Si uno se atiende no sólo a las muchas expresiones en tal sentido, y que encontraron eco en el coloquio, sino a los nuevos referentes culturales que alimentan el debate intelectual más reciente, se debería admitir que también entre nosotros se ha iniciado una fase descendente de la gravitación de las elaboraciones gramscianas tal cual fueron éstas organizadas como "doctrina" y difundidas no sólo aquí. En una porción significativa de la cultura y de la intelectualidad se expande la idea de un pensamiento de tipo negativo - fundado sobre la teorización del carácter relativista e instrumental de toda forma de conocimiento- como único marco conceptual al que puede aspirar una izquierda moderna -, es decir, una izquierda que ve cuestionada por la realidad su hipótesis teórica fundamental: el carácter histórico del modo de producción capitalista. En el reinado del "pensamiento débil" ¿qué, proyectualidad podría abrirse paso?

Si éste es el caso, repito, es muy probable que sea poco o nada lo que Gramsci puede decirnos hoy. Y sin embargo, al liberarnos de sus respuestas ¿nos liberamos también de los problemas que las motivaron? Las preguntas a las que él, como tantos otros, intentó dar respuestas ¿no siguen planteándose con igual fuerza a un mundo desencantado de las 'doctrinas' salvacionistas? ¿Es posible concebir una transformación de la sociedad si se acepta como Insuperable una forma de organizar la vida económica y social de los hombres que produce aquellos resultados que precisamente se quieren reformar? ¿Se puede imaginar una democratización radical de la sociedad si no se incorpora de algún modo la hipótesis-límite de otra sociedad en la que se vuelva innecesaria la existencia de gobernantes y gobernados? Es cierto que la crisis ideal del socialismo evidencia el límite de una concepción de la hegemonía que sólo la ve como capacidad de la dirección política de unificar en el terreno de los fines los efectos dispersivos de la complejización del poder, de la sociedad, de los sujetos; en definitiva, de la política tout court. ¿Pero cesa con su ocaso la necesidad de una dirección de la sociedad y el consiguiente problema de quiénes son los que en los hechos ejercen tales funciones y de qué modo específico lo hacen?

Una fase descendente del gramscismo en América Latina podría ser interpretada de varias otras maneras. Por ejemplo, como un resultado inevitable de la dinámica particular de la circulación de las modas intelectuales, a las que por diversas razones nosotros, los latinoamericanos, mostramos excesiva proclividad. Sería la consecuencia de un 'dar vuelta la página' para buscar en otros referentes prestigiosos - sean Luhmann, Habermas, Foucault, Weber o el propio Schnütt- lo que Gramsci parece incapaz de dar. Pero es también posible que sea el indicador de un fenómeno diferente y en tal caso deberíamos obligarnos a examinar el asunto de distinto modo. Si la difusión del gramscismo no debería ser considerada como un efecto finalmente efímero de la incontrolable circulación de bienes culturales en un mundo cada vez más planetario; si cuando reconocemos un fenómeno de "difusión" el acento debe ser puesto más bien en los requerimientos de una sociedad que en tales bienes encuentra o cree encontrar elementos para poder dar cuenta de sí misma, para alcanzar una forma de autoconciencia, el ocaso de Gramsci, allí donde se produce, podría estar indicando exactamente lo contrario de lo que se cree. No la caducidad de lo que está condenado a disiparse, sino la aceptación de filosofías que renuncian a las armas de la crítica para plegarse a la presión de un mundo que se acepta como inmodificable. El ocaso de una filosofía de la transformación no sería, entonces, la

liberación de una tradición que impide pensar, sino el plegamiento a un orden impuesto como destino.

El límite del pensamiento no expresa, en definitiva, otra cosa que el límite de la capacidad de transformar. Pero aun cuando este límite último da cuenta de una situación real, verificable en la crisis de la idea de proyecto, no veo las razones para que me sienta obligado a elevarla a condición de principio: de hacerlo así, no haría otra cosa que introducir de manera subrepticia esa tan denostada "metafísica occidental" cuya extinción se pregona.

Liberamos de una lectura doctrinarista de Gramsci no significa por sí mismo aceptar el eclipse de su pensamiento, sino, por el contrario, reconocer sus limitaciones, restituirlo a su condición de pensamiento de una época. Pero el problema, en definitiva, sigue siendo el de todo aquello que se escapa de la determinación epocal, el de ese plus de significaciones irreductibles al tiempo histórico en el que las teorías se conformaron y que apuntan a problemas no resueltos, a demandas de realidad insatisfechas. ¿Quién podría dudar de que para abordarlas siempre es preciso ir más allá de esas teorías, sean las de Gramsci o las de cualquier otro? La cuestión estriba en si hoy podemos hacerlo sin él, prescindiendo de él y de todos aquellos a los que las incitaciones del presente liberan del cepo de los sistemas para proyectarlos como figuras de un debate inacabado. Tan inacabado como es siempre el debate sobre la fuerza del poder.

En consecuencia, al preguntarme por las razones de la difusión de Gramsci he procurado articular algunas respuestas colocándome a resguardo de una querrela, que considero vana, sobre su actualidad u ocaso. Sólo así es posible individualizar los núcleos problemáticos para cuyo develamiento se recurrió a sus ideas; encarar una forma particular de aproximación a lo que puesto provisionalmente en suspenso sigue siendo, no obstante, el verdadero sujeto de la investigación. Para el presente que Intenta conocerlo, y más aun transformarlo, la estructura del acontecer histórico no se proyecta simplemente al futuro, sino que también lo hace hacia el pasado, como le recordaba Benjamin a Horkheimer: "la historia no sólo es una ciencia; es de igual modo una forma de la memoria. La memoria puede hacer de lo inconcluso, de la felicidad, algo concluido y de lo concluido, del sufrimiento, algo inconcluso". Para hacer resonar en el presente el eco de lo removido es preciso volverse contra todo aquello que ha fijado el pasado en la memoria de las clases dominantes. El peligro, recalca Benjamin, está en que la historia, como continuidad de la opresión, se afirme de nuevo y nos arrastre, asimilándonos a su curso, aceptando sus dictámenes, convirtiéndonos en instrumentos de las clases dominantes. La tarea entonces no puede ser otra que arrancar el pasado de la tradición en la que las ideologías dominantes lo han aprisionado. Desde esta perspectiva nunca nada se ha perdido para siempre; quien esté dispuesto a hacer saltar el continuum de la historia no puede aceptar la trivial creencia en el progreso de la cultura.

¿Qué sentido puede tener, entonces, aceptar la idea de la actualidad o no de ciertas constelaciones de posiciones teóricas y prácticas? ¿Qué queremos significar cuando hablamos de la "inactualidad" de Gramsci? Más aun, y no por gusto de las paradojas, ¿por qué no pensar que es precisamente allí, en su proclamada "inactualidad" ético-política, en la imposibilidad de su consumación en una política concreta donde está lo mejor de su mensaje, todo aquello que lo instala en el "tiempo-actual", en la encrucijada de la crisis contemporánea?

El texto que tengo ante mi vista, considerado con esa inevitable distancia y desapego que un original concluido despierta en su autor, podría ser definido como la historia fragmentaria de un momento de la cultura comunista. Al proyectar sobre ésta el potente haz de luz de la experimentación gramsciana, se recortan con nitidez particular sus profundas limitaciones, su bizantinismo y esclerosis, su imposibilidad de iluminar de manera creativa una realidad que se propuso cambiar. Persuadido como estoy de que los fenómenos de difusión cultural sirven fundamentalmente para poner de relieve los contornos sólidos de realidades intransferibles, antes que las bondades intrínsecas de tal o cual teoría, reconstruir el Itinerario de Gramsci en América Latina a partir de ciertos focos de difusión es una manera, tanto o más válida que cualquier otra, de aferrar a ese Proteo que desveló desde hace casi dos siglos a los pensadores latinoamericanos: la inaprensible, evanescente y siempre multiforme realidad americana. Desde esta perspectiva desearía que el libro fuera juzgado: no como un ejercicio de filología gramsciana, sino como el testimonio de una búsqueda inacabada.

Al mismo tiempo quiero dar fe de la constancia de una devoción. Desde hace más de treinta años la figura de Gramsci me acompaña como la sombra al cuerpo, como una presencia que acude desde a mis llamados y con la que entablo infinitas disquisiciones imaginarias. Es posible - lo dije al comienzo y lo reitero al final- que esta afección inquebrantable me haya traicionado al punto de presentar como una historia generacional lo que no es más que la crónica de un Itinerario personal. De todos modos, contarla es una forma de medirse con el tiempo ido, de aceptar el tiempo actual como revocador del pasado, pero también de retener las vivencias de una memoria que amenaza disiparse. Y en ella estamos todos. Los protagonistas del inicio de esta experiencia intelectual y moral que sobrevivieron a los desgraciados momentos que nos tocó vivir. Y también los que cayeron, por asesinato o desesperación, como Juan José Varas y Ulises César Guñazú. Vaya hacia ellos el recuerdo siempre presente de alguien que, al igual que lo fueron ellos, nunca pretendió ser otra cosa que un hombre de nuestro tiempo.

Este libro fue posible porque María Inés Silberberg pensó que la historia que aquí se cuenta, publicada parcialmente en la revista Punto de Vista valía la pena de ser prolongada y editada en forma autónoma. Su confianza obliga a mi reconocimiento.

Buenos Aires, 26 de noviembre de 1987